



NÚM. 151

BARCELONA, 19 MARZO 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

Cuando ella entró en la alcoba, él, que estaba despierto desde hacía ya largo rato, fingió un desprecio que le horroraba contestar á la dama. Estímulos de un orgullo infantil á que daba pábulo su dominio sobre aquella mujer, empujaban á José Luis á la descortesía, y solamente cuando, pasado algún tiempo, ella, que era todo mansedumbre, quejábale con sumisa ternura de su aspereza, forjaba el mozo el propósito formal de no reincidir. Intención vana que cedía á la menor contrariedad. Una alteración de la temperatura era bastante para echar por tierra el afán de enmienda de José Luis, restituyéndole su primitiva acritud.

—Bueno que no contestes á mi saludo,—le dijo la dama aproximándose al lecho,—pero, no te vuelvas del lado de la pared. (Pausa) Ni que fuese visita de acreedor...

Expresábase Carmen, con voz blanda y grave, que tenía asonancias maternas. Era la dama de aventajado porte, gruesa y un tanto pálida, con esa palidez marfiléa que da una dilatada clausura. Parecía una abadesa. No obstante haber traspuesto la cuarentena, conservaba una belleza y una distinción que ella sabía lucir con recatada mesura, sin aventurarse nunca á los riesgos de la coquetería frívola.

Sus palabras no iban en son de recriminar. Quejábale de los caprichos zahareños de su amante, sin esperanza de que se corrigiese, y nada más que por decir algo que avivara la conversación. Después de un silencio que se prolongó cinco minutos, la dama optó por no insistir. Dejó sobre el velador de cabecera los libros devocionarios que traía en la mano, se quitó la mantilla para estar más holgada, y anduvo unos pasos de largo á largo en la espaciosa alcoba, como si se resolviese á esperar, sin impaciencia ostensible, que José Luis resollara. Al cabo, éste se volvió aparentando despertar:

—Carmencita, vida, ¿estabas ahí?—dijola con voz melosa...

Ella se echó á reír.

—No te das trazas para fingir; y si te metieses á cómico, fracasarías...

El, hizo una mueca que valía tanto como una aprobación; y porque Carmen no continuase la sarta de reproches, encendió un cigarro.

—¿Qué traes de la calle, beatita?—interrogaba con acento cariñoso.

La calificaba así porque, desde hacía poco tiempo, mostraba ella decidida afición á la iglesia. Era un fervor el suyo que coincidía con el declinar de la juventud, cerimonioso, benévolo y limpio de intransigencias que encubrieran fanatismo. Pertenece á la Asociación de San Vicente de Paul, y su piedad de buen tono resolvíase en visitas y donativos semanales á las familias pobres que reclamasen socorro.

—Al salir de las Calatravas,—decía Carmen,—he dado una vueltecita por la calle de Alcalá. Quise hacer tiempo para no privarte de media hora de sueño. Ya ves, así y todo, cuando llegué...

José Luis no quiso advertir el retintín de la frase. Aparentando distracción puso la mirada en el techo, y preguntó:—¿A quién has visto?

—Persona conocida, nadie, fuera de Concha Soriano que salía de casa de Villasante con sus niños. Por lo que pude ver, acababa de comprarles sombreros de paja. (Pausa). Y á propósito de Concha Soriano, ¿sabes que me saludó con un no sé qué de frialdad que me encorcora?

—Aprensiones tuyas, mujer,—replicó él sin desviar los ojos del techo.

—Después de todo, ella no es quién para ponerme la ceniza en la frente,—añadió Carmen amoscada. —Reciente está su lío con el general, y nadie ha olvidado el escándalo de los Viveros.

José Luis, en silencio, remozó el recuerdo de aquella aventura que mentaba su amante. Concha Soriano, mujer del marqués de Lancey, había sido sorprendida el verano último cenando con el general Rivera en un cuartito de los Viveros. El caso, produjo un escándalo estrepitoso en Madrid, se habló de un divorcio y un desafío, y todo concluyó en que el marqués se sacrificaba por la dicha de sus hijos, y en que el general se iba á Viena con una misión diplomática.

—La verdad es,—exclamó José Luis con una ironía despiadada,—que si el ministro de Hacienda



crease un impuesto sobre la entereza conyugal de los maridos, no tendría el Erario grandes ingresos...

Carmen, mostróse ofendida de aquella chuscada, antojábasele mortificante la menor frase que arguiera desdén para los maridos engañados, y en aquella salida de José Luis vió ella un asomo de alusión al suyo.

—Me duele que se te vaya el ingenio en palabras de mal gusto,—dijo sin disimular su contrariedad.

La extraña viveza con que se expresó Carmen, irritó á José Luis. Más por afán de mortificarla que por celos efectivos, solía deslizar alguna vez en la conversación alusiones á su marido, á quien, la verdad sea dicha, ni quería ni detestaba. En lo tocante á la mujer, le sucedía lo mismo; á aquellas relaciones clandestinas que databan de cuatro años atrás, carecían ya para él de incentivo sensual. Estaba, pues, firmemente resuelto á desligar de su vida á aquella mujer, que ni era su amor, ni su madre, ni su amiga, sino un amasijo de esos tres afectos, prudentemente dosificados. ¿Va á durar esto una eternidad? preguntábase á veces José Luis, mirando de soslayo á Carmen, cuya belleza, si no estaba marchita andaba lejos de la lozanía. ¿Voy á resignarme á vivir apareado secretamente á esa mujer que no amo, que no amaré ya más, aunque haya sido para mí un dulcísimo y pasajero capricho? Á todo conceder,—pensaba el mozo,—un amor puede durar lo que dura un buen gabán, un par de inviernos.

—¿Sabes Carmencita que con eso de la beatería se te va agriando el carácter? Estás de veras insopportable...

La dama, sorprendida de aquella respuesta, le miró en los ojos, que eran para ella el termómetro que señalaba la temperatura espiritual de su amante. No hallaba relación entre sus anteriores palabras y aquella calculada agresividad de José Luis. Calló, pues, por no exacerbar su enojo. Atorrida por el dolor, dejó que fluyese su pena en lágrimas silenciosas, que, lejos de compadecer al mozo, le irritaron. «No me inspira nada—pensaba mirándola llorar—nada más que una sensación de cansancio opresor. No hay reciprocidad en las pasiones. Antes, hace ya tiempo, cuando yo quise á esta mujer que llora á los pies de mi cama, apenas si me otorgaba una palabra de afectuoso aliento. Ahora, soy yo el que no ama. Es triste que esto sea así. No hay más que un sentimiento pasajero, calor fugitivo que se trasvasa de un corazón á otro, sin residir á un tiempo en los dos.

—No sé á que viene ahora esa llorera,—dijo él con dureza.

—De algún modo se ha de desahogar una,—contestó ella con apagado acento.

En esto, sonaron dos golpeitos á la puerta de la alcoba como si alguien demandase la venia para entrar. Carmen, embebecida en su congoja, no se movió.

—Ten la bondad de abrir,—le dijo urbanamente José Luis.

Ella obedeció como quien ejecuta una acción en sueños. Una anciana asomó por el umbral.

—Han traído esto para el señorito,—dijo entregando un sobre voluminoso á Carmen.

—Tráe acá, que son pruebas de imprenta.—Alejóse la anciana, y José Luis rompió el sobre escrito. Carmen no pudo excusar su curiosidad y miró los papeles impresos. El olor de la tinta de imprenta le agradaba.

—Es un cuento que te gustará,—dijo él con naturalidad.

Ella requirió las hojas impresas, largas tiras de papel que aun rezumaban tinta. El título del cuento le chocó: «Ocaso». ¿Qué podrá ser? Á medida que iba leyendo crecía su emoción. José Luis no vacilaba en difundir públicamente la recatada historia de sus amores, sin omisión de ternuras íntimas, ni de incidentes menudos, de esos que suelen ser la alegría de las relaciones clandestinas. Todo su cariño, la inmolación de su nombre y de su tranquilidad, no habían servido en definitiva más que para que un literato, un ser sin entrañas, escribiese unas páginas. Al rematar la lectura del cuento, Carmen tuvo la explicación de la agresividad de José Luis. El final de la novellita, era el final de su amor.

Su orgullo herido, su ternura hollada, su vida hecha pedazos, no acabardaron, sin embargo, á la dama. Serena en apariencia, sin formular una queja y como quien cede á la fatalidad de lo inexorable, adelantóse hacia su amante, le miró un momento en los ojos, y tomando la cabeza de José Luis entre sus manos, le besó en la boca. Fué un beso suave, limpio de voluptuosidad, casto y amoroso. Fué el último. Al salir Carmen, José Luis musitaba entristecido la rima de Shelley—*Kiss me my love for the last time.*

MANUEL BUENO



Jeames: EL ÓBOLO DE LA VIUDA EN EL CUMPLEAÑOS DEL SEÑOR CURA

Ayuntamiento de Madrid

JUEVES SANTO

«Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los pies de los discípulos, y á limpiarlos con la tohalla con que estaba ceñido.»

(EVANGELIO DE SAN JUAN, CAP. XIII, VER. 5)

Y las católicas potestades de la tierra, á imitación del MAESTRO, han instituido con arreglo á ritual, la ceremonia del *lavatorio* en Jueves Santo.

Y la Iglesia dedica ese día á la conmemoración de aquel acto sublime ejecutado por Jesús en sus discípulos.

Y los sacerdotes consagran los menguados recursos de su oratoria á interpretar acción tan grandiosa, presentándola á los fieles como ejemplo inconcebible de humildad.

Y los potentados de la tierra, y los sacerdotes de la Iglesia y los fieles, bendicen, ensalzan, admiran y veneran á Jesús, doblegado á los pies de sus discípulos, y llevando su modestia hasta el extremo de lavarles los pies con sus divinas manos.

Y para ese día, se cumplen exactamente las prescripciones del rito, y unos y otros olvidan al siguiente las saludables consecuencias que deben deducirse de tan sublime pasaje evangélico.

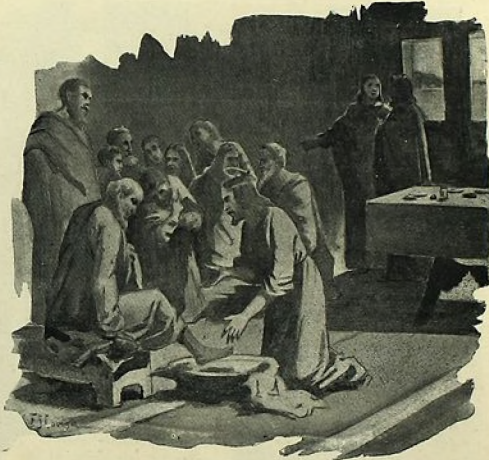
Y ¿qué más? Los potentados de la tierra instituyeron el *lavatorio* en sus palacios, no para dar ejemplo de humildad y mansedumbre, no para mostrarse como dechados de caridad y amor para con el prójimo, sino puramente como un acto de falsa modestia, que contribuye á la mayor brillantez de su poderío, al esplendor de sus dorados alcázares y á la exhibición de sus magníficas personas, rodeadas de una espléndida comparsa de cortesanos.

Porque los actos del divino MAESTRO, son inimitables, como son impenetrables á la razón é inaccesibles al lenguaje humano.

Pretender imitar el hecho más insignificante por Jesús realizado, es empequeñecerlo; como explicarlo resulta ridículo. Cosas que á la divinidad se refieren y solo en ella pueden verificarse, no están al alcance del hombre,—por sabio y poderoso que se crea,—ni deben ser por él interpretadas; solo es permitido á la criatura, sentirlas, venerarlas, y rindiendo culto á sus maravillosas lecciones, tomarlas como guía en el escabroso y breve viaje por esta existencia, llena de azares y peligros, y en la cual nos vemos á cada paso rodeados de quebrantos y pesadumbres precursores de la muerte.

Jesús nació desnudo en un miserable establo y tuvo por cuna un pesebre; los potentados, nacen en artesonados palacios, cujados de plata y oro; tienen cunas cubiertas de ricas telas y sus débiles cuerpecillos descansan sobre mullidos lechos de pluma.

Jesús, buscó la compañía de los pobres, de los humildes, de los ignorantes, para ayudarlos con sus limosnas, alentarlos con sus consejos y enseñarlos con su divina sabiduría; los potentados, huyen de los pobres, á quienes,—para alejarlos,—les arrojan las migajas de sus mesas, se mofan de los humildes, á quienes vejan, oprimen y explotan sin compasión, para satisfacer fingidas necesidades, cuando no insensatos caprichos, y ponen sus pies sobre los ignorantes, porque en ellos,—con su ceguera,—fundan la base de su poder autocrático.

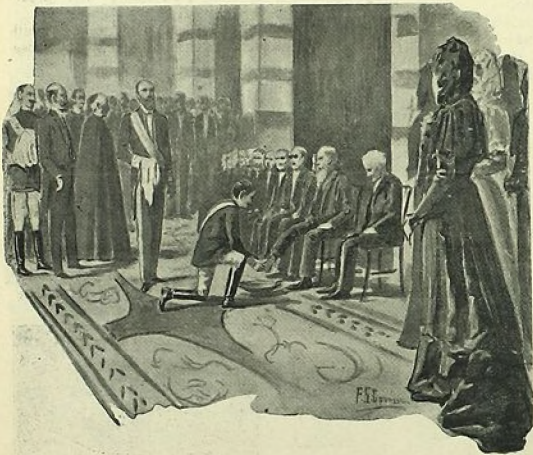


Jesús predicó la igualdad,—dentro de los respetos por la ley humana establecidos,—cuando dijo: *dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César*; y los potentados de la tierra, interpretan así precepto tan humanitario: *vuestras vidas, vuestras haciendas, vuestras honras son de vuestro soberano*.

Jesús afirmó que todos los hombres son hijos de un mismo Padre y que la humanidad constituye una sola familia; y los potentados establecieron odiosas diferencias de clases, nacionalidades, razas y religiones, que dieron por fruto de abominación, guerras sangrientas y fratricidas, desolaciones sin cuenta, peste y hambre, que arrasaron pueblos enteros, quebrantando así,—esos que en Jueves Santo quieren imitar al MAESTRO,—el precepto del Decálogo que dice: —*No matarás*.

Los sacerdotes en el púlpito, hacen esfuerzos inauditos de gárrula palabrería para llevar á las conciencias de sus *amados oyentes* la grandeza ultrahumana de aquel momento en que Jesús, el Hijo de Dios, el Enviado del Cielo para dominar, con imperio absoluto, sobre el mundo, se abajó para lavar los pies á sus discípulos, diciéndoles con ejemplo tan lleno de bondad, de abnegación y de sencilla

modestia, que á los ojos de Dios todos los hombres somos iguales, y que no por estar un individuo,—merced á los vaivenes de la fortuna, ó á los inesperados impulsos de la casualidad,—en situación más elevada que los demás, debe desdesharse en tratarlos como hermanos suyos que son; porque nada existe más grato á la Divinidad que el amor al prójimo y la practicada caridad entre semejantes. Pero en vano pretenden los sacerdotes ahondar en la materia cuanto debieran, porque también ellos temen á los potentados de la tierra, porque también ellos están llenos de prejuicios y bajas pasiones, que ciegan sus entendimientos y no les permiten cum-



plir con la independencia necesaria, el sagrado ministerio que se han impuesto.

Y resulta que cuantas ceremonias se refieren al *lavatorio* en Jueves santo, lejos de servir para enaltecer el acto de Jesús, solamente contribuyen á empuñecerlo y,—¿por qué no decirlo?—á profanarlo.

¡Jueves Santo! ¡Como se conforta el ánimo abatido, en la meditación de ejemplo tan elocuente y singular! ¡Quién hubiera podido vivir con el MAESTRO, seguir sus pasos, oír sus predicaciones, compartir sus penalidades, y ver como aquel hombre que pudo ser dueño de pueblos grandes, fuertes y poderosos, á quien la multitud aclamaba entusiasmada como al Redentor de las miserias y pesadumbres que afligían á la humanidad, que, al sople débil de su divina palabra hizo temblar á los déspotas en sus tronos, conmovió las sociedades y aterró á los hipócritas y fariseos;—aquel hombre, que pudo serlo *todo* en la tierra, se conformó con vivir entre los pequeños, confundiendo con ellos, y como ellos sometándose á todo género de privaciones y fatigas, para sellar, expirando en un cadalso, la misión augusta que el Padre le confiara!

¡Cómo, al llegar ese día que la cristiandad dedica á conmemorar la humildad de Jesús ante sus discípulos, nos entristece el espectáculo que ofrecen á nuestros ojos, los que se llaman intérpretes, mantenedores y fieles propagandistas de la doctrina de Jesús!

¡Qué sarcasmo!

Penetrad en las moradas de los reyes; vedlos adornados con sus mejores y más preciosas galas; rodeados de lujo y magnificencia; llevando en sus manos, no un lebrillo como dice el Evangelio que

llevó Jesús, sino rica jofaina de oro ó plata; seguidos por numerosa y espléndida tropa de aduladores cortesianos. ¡Vedlos! Y esos *pobres* á quienes lavan los pies, — *pro fórmula*, — son *pobres* de guardarropía, recomendados, *privilegiados*, ya que no de la fortuna, del favoritismo; y esas ropas que visten, no son andrajos, porque los andrajos no pueden penetrar en los alcázares. ¡Ya veis que la función está bien dispuesta y ensayada! No falta ni un detalle. ¡Ah, sí! Falta la verdad, la sinceridad del acto; aquella espontánea y sencillamente sublime humildad con que Jesús presentó á sus discípulos el lebrillo con agua y la tohalla, para lavarles los pies, sin parar mientes en que las ropas que cubrían á aquellos desventurados estuvieran más ó menos decorosamente presentables. ¡Porque Jesús solo quería en ellos, la limpieza de alma! Por eso, cuando Pedro quiso resistir á su voluntad de lavarle los pies, exclamó: — *Si no te lavares, no tendrás parte conmigo* (1).

Y cuando Simón le contestó: — *Señor, no solo mis pies, más aun las manos y la cabeza* (2), Jesús le replicó: — *EL QUE ESTÁ LAVADO, no necesita sino que lave los pies, MÁS ESTÁ TODO LIMPIO. Y vosotros LIMPIOS ESTÁIS, aunque NO TODOS* (3).

¡Cuán hermosa es la lección que nos ofreció el Redentor en ese instante, y que mal la han aprovechado los hombres!

La soberbia continúa dominando sobre la humanidad como reina absoluta; los pobres, los humildes, los ignorantes, continúan sufriendo el formidable yugo que sobre sus cuellos han puesto las potestades de la tierra.

Y estas, siguen lavando los pies en Jueves Santo á unos cuantos pobres de guardarropía.

(1) San Juan, Cap. XIII, ver. 8.

(2) Id. id. id. ver. 2.

(3) Id. id. id. ver. 10.

LUIS FALCATO

LAS FALLAS DE SAN JOSÉ EN VALENCIA

Con la animación y el chispeantísimo ingenio de costumbre se ha celebrado este año en Valencia la tradicional fiesta de las fallas, esos monumentos levantados en un santiamén y cuya plataforma se convierte en pícota sangrienta para cuantos por sus robos, sus crímenes, sus ineptías, sus debilidades, sus ridiculeces, sus desaciertos ó sus gansadas se han hecho mercedores del odio, del desprecio ó simplemente de las carcajadas del público.

En la imposibilidad de dar cuenta de todas las fallas, nos limitaremos á decir algo de las tres que alcanzaron los primeros premios.

Primer premio. — Falla de la plaza del Príncipe Alfonso. Alusiva á cierto reciente decreto. Veíase allí á un dictador y á una novia muy bien compuesta.

Segundo premio. — Falla de la plaza de la Reina. Figuraba una *abuela* que está haciendo colada en un enorme *cósi* de la Industria, el Comercio, las Artes y «todas las fuerzas vivas del país», mientras en el *foguer bullían* las grandes compañías explotadoras.

Tercer premio. — Calles de Ruzafa y Cirilo Amorós. Representaba al dios Baco, montado en un tonel, al

FALLA DE LA PLAZA DEL PRÍNCIPE ALFONSO

cual acudían para hacer libaciones el ricachón, el aristócrata, el pobre, etc., dando á entender con ello la igualdad social ante el mosto.



FALLA DE LA CALLE DE RUZAFÁ

La falla de las calles de Cerrajería y Zaragoza, consistía en una gran calabaza que descansaba sobre unas enormes parrillas, y sobre la cucurbitácea aparecía un ave de rapaña que simulaba haber arrancado un *foguer*, el cual es un objeto que hasta cierto punto se asemeja á una chichonera ó cosa así. Esta falla estaba rodeada por cuatro postes unidos por una larga cadena de la cual pendía un borriquillo, que cualquiera hubiera tomado por un borrego.

Es digno de observarse que en esta falla no había *llibret*, ni cartelones con versos, ni música ni na.

En las calles de Fresquet y Tarazona la falla hacía alusión á *Romeo y Julieta*, representados por dos flores que se enamoran á la luz de la luna en su cuarto creciente. Tampoco en esta falla hubo versos ni *llibret*.

En las calles de Matías Perelló y Maestro Aguilar (Ruzafa), se veía á un bandido, armado de un trabuco, que pedía la *bolsa* ó la *vida* á tres esqueletos.

Como dice excelentemente el Sr. Cerdá, «*les falles* no tendrían vida fuera de Valencia. Es un festejo creado y sostenido por la intuición artística de este pueblo. En una *falla* intervienen pintores, escultores y poetas anónimos, que no se sabe de donde salen ni donde se esconden: son como las estrellas fugaces que solo brillan el instante que se ponen en contacto con la atmósfera, y luego se apagan y desaparecen para no volver.

Viendo una *falla* se ha visto el retrato interno y externo de Valencia. Allí está el ateo organizando la fiesta al santo, entre blasfemias y tragos de aguardiente; allí la multitud bullanguera que aplaude la sátira sangrienta de los *falleros* y se *cuela* en las buñoleras para hacer más sabrosos los comentarios; allí van nuestras mujeres fandiendo almas con sus ojos negros, y allí está la turbamulta de chiquillos insolentes que bailan á compás de la música y le hacen muecas al municipal que los espanta para que dejen libre el tránsito.

Y así, de *falla* en *falla*, emparejando entre trago y trago las décimas y al-láyas del *llibret* de la *explicació*, se pasa el día de hoy y llega la noche de mañana y la gente levanta una infernal chillería.»



FALLA DE LA PLAZA DE LA REINA

LA ESCUADRA AUSTRIACA EN BARCELONA

A las dos de la tarde del día 20 fondó en este puerto la escuadrilla austriaca que al mando del contra-almirante Rippert era esperada desde hacia algunos días.



EL «BUDA-PEST» REPARANDO AVERÍAS

consta de 464 hombres. El *Wienn* es de igual tonelaje que el anterior, su fuerza es de 8.500 caballos y un andar de 17'6 millas. Lo manda M. Piltrusni, constando su tripulación de 460 individuos.

Cada uno de los citados buques monta cuatro cañones Krupp de 24 centímetros, seis ídem de 15 ídem,

Forman dicha escuadra los tres cruceros guarda-costas *Buda-Pest*, *Monarch* y *Wienn*, todos de un mismo tipo y de construcción moderna, pues los dos últimos fueron botados al agua en 1895 y el año siguiente el primero.

Sus cascos son de acero y miden 100 metros de eslora, 17 ídem de manga y 6'40 ídem de puntal.

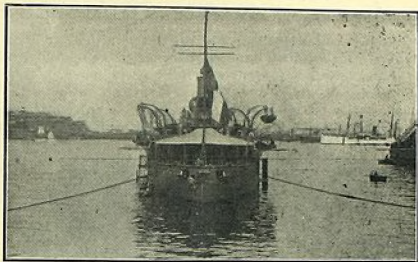
El *Buda Pest* desplaza 5.550 toneladas, su fuerza indicada es de 9.800 caballos y su velocidad de 17'8 millas por hora. Lo manda el capitán de fragata M. Lerch y lo tripulan 409 individuos.

El *Monarch* desplaza 5.550 toneladas, sus máquinas desarrollan una fuerza de 8.900 caballos indicados siendo su velocidad de 17'4 millas. Lo manda M. Frier y su tripulación

de tiro rápido, 16 idem de 47 milímetros (sistema Skoda), también de tiro rápido, y dos ametralladoras. Poseen además cuatro tubos lanzatorpedos. Como se ve, no impiden las dimensiones relativamente no muy grandes de esos buques á que dispongan de poderoso armamento.

Los marinos austríacos han sido obsequiadísimos por el elemento oficial y algunas corporaciones particulares durante su estancia en Barcelona. Así, hubo recepción en la Capitanía General, gran banquete en el Ayuntamiento, visita al Real Club de Regatas, recepción y velada musical en el Consulado General de Austria-Hungría, etcétera, á cuyos obsequios correspondieron los austríacos con una fiesta á bordo del crucero *Monarch*, celebrada el lunes por la tarde.

A pesar de lo desapacible del tiempo, fué grandísimo el gentío que visitó los buques de la escuadrilla, viéndose también durante el día llenos de inmensa multitud los muelles y escolleras. Sin figurar la marina austríaca entre las primeras del mundo por su importancia numérica puede ufanarse, sin embargo,



CRUCERO "MONARCH"

de tener una historia gloriosísima, pues indudablemente en todo el transcurso del siglo XIX no se registra una victoria naval tan brillante, tan espléndida, tan *inteligente*, por decirlo así como la alcanzada en Lissa, en 1866, aquella en que el almirante Tegethoff, con unos cuantos barcos de madera blindados con cadenas y un solo acorazado, destruyó por completo la poderosa escuadra italiana del almirante Persano, en aguas de Dalmacia, yéndose á pique el *Affondatore* y el *Vittorio Emanuele*. Con razón pudo Austria estar orgullosa de su triunfo, levantando á Tegethoff un suntuoso monumento que perpetua su memoria.

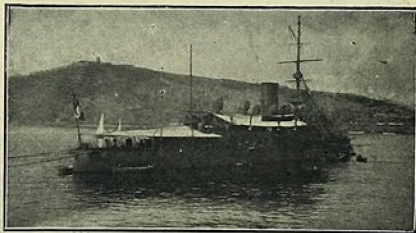
Asimismo hay que recordar los grandes descubrimientos hechos en las regiones árticas por la expedición austríaca descubridora de la tierra de Francisco José.

El efectivo de la marina de guerra austríaca comprende 128 buques á saber: 11 barcos blindados, 2 fragatas, 7 corbetas, 14 torpederos, 6 cañoneros, 5 vapores y yates, 4 monitores (en el Danubio), 9 buques escuela y otras embarcaciones menores, representando un total de 756 cañones. Las tripulaciones ascienden á 12 000 hombres y los cuadros comprenden 680 oficiales en pie de paz y 881 en pie de guerra.

El banquete en el Ayuntamiento resultó brillantísimo en cuanto al decorado, pero según dijo la prensa el servicio dejó de mucho que desear á pesar de haber resultado á ocho duros el cubierto. Solo pronunciaron discursos el alcalde D. Juan Amat, en castellano, y el almirante Rippert, en alemán, habiendo luego traducido sus palabras un jefe que habla la lengua de Cervantes. También hubo recepción en el palacio episcopal, donde los marinos pudieron ofrecer sus respetos al Emmo. Cardenal Casañas.



CRUCERO "BUDA-PEST"



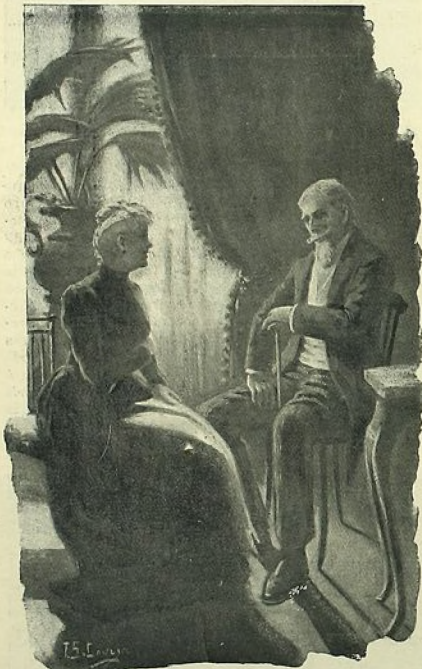
CRUCERO "WIENN"

NUNCA ES TARDE...

Eran aquellos los tiempos de oro de mi existencia: diez y siete años, alegría, y una cantidad de amor latente en mi espíritu inmensa, inmensa, si, no tenía límites.

La historia que procedo á contar á usted, lector respetable, es quizá vulgarísima, será de usted y de todos los hombres de la tierra, pero, como de algo hay que hablar aunque sea de futezas para entre- tener el tiempo, ahí va el relato verídico de una página de mi vida, la más poética de todas.

A la sazón mi edad pasa de los cuarenta; vaya si pasa, mi amor, aquel amor inmenso, tuvo empleo legítimo, y, como D. Juan, estoy ya completamente recogido. Las mujeres me tratan como á un alegre camarada y



*Las hijas de las madres que amé tanto
me besan ya en la frente como á un santo*

Por todas estas razones y motivos, hablando ayer con Elena, la respetable viuda de Losiga, el célebre abogado especialista en homicidios que figuró mucho en el foro madrileño hace algún tiempo, le abrí mi pecho y le conté lo que ahora escribo.

—Elena, encantadora Elena,—la dije,—(nunca he dejado de ser galante), usted ha ignorado, me he convencido de ello, que fué para mí el sueño de mi adolescencia.

—¡Qué me dice usted, general!—contestó mi señora D.^a Elena con sorpresa y cierto contento, porque Elena á pesar de sus cuarenta y pico, un pico de años tan respetable como el mío, no ha dejado de ser sensible á los halagos, al propio amor.

—Fué usted mi Dulcinea,—la contesté tomando en el sillón una postura donjuanesca que dicho sea sin vanidad no me caía mal del todo.—Fué usted mi primer amor. Usted no sabe las inocentadas, ¡entonces las creía yo calaveradas! que por usted hice, más trasladémonos á otros tiempos y á otro escenario.

«Vivía usted en una ciudad próxima al Cantábrico; y en el verano, precisamente en la época en que mi amor se exacerbaba, se trasladaba usted á una villa de la costa, lugar donde iban las familias aristocráticas de la provincia

aquella y muchas de la Corte. Yo me veía obligado á permanecer en mis cuarteles de invierno por ser aquella la época de vacaciones, la época que al salir del colegio militar donde yo estudiaba tenía que pasar forzosamente al lado de mis padres. Aunque sea prosaico, preciso es decirlo, el vil metal escaseaba bastante en mi bolsillo, y además, la libertad, la sacrosanta libertad, no era tampoco uno de mis bienes. Por ambas causas me era harto difícil trasladarme á H.,—llamemos H. á aquella encantadora villa del Cantábrico,—y vería á usted como era mi mayor deseo. Si tenía libertad no tenía dinero, si tenía dinero no tenía libertad. ¡Libertad y dinero! ¡Tan difícil es de poseer cualquier cosa de las grandes dichas que pocas veces es dado gozarselas á un tiempo!

«Sin embargo, un corazón amante trabaja tanto, inventa número tal de tretas que yo en el transcurso de las vacaciones me veía varias veces en situación de trasladarme á H. y gozar la inefable

dicha de contemplar á usted en el teatro, en el paseo y en el baño. ¿Se acuerda usted, mi bella Elena, de los baños de ola?

«¡Era usted una ondina! ¡La diosa del mar ó la locura de Marte! ¡Si usted supiera lo que hacía usted sufrir al bravo cadete de artillería que la contemplaba armado de gemelos!

«Recuerdo una vez, señora de mis pensamientos, que me trasladé de X. á H. con la única «impedimenta» de un duro. Paseé por el muelle cuando usted paseaba, tomé un refresco en el Suizo cuando usted refrescó en el mismo café de vuelta del paseo, asistí al teatro donde usted asistió... y, por fin, pernocté en el arroyo.

«Oh, que tiempos y que arranques de amor los míos!»

Elena, la ex-bella y ex seductora Elenina, al llegar á este punto de mi relato, lanzó un suspiro, un suspiro engendrado allá en lo más íntimo de su alma, y dijo:

—General, ¿y si usted supiera que su amor fué correspondido y que por él también cometi y calaveradas?

Yo, aguerrido militar, me erguí, me ensanché, y me puse encarnado de satisfacción y exclamé con los ojos llameantes:

—Elena, amada mía, he sido el más afortunado de los mortales sin haberme enterado!

—Sí, general, yo también tuve mis días de amor por aquel cadete de artillería, que, por temporadas me seguía á todas partes y, si no hubiera estado mal visto, yo «le hubiera una carta puesto» declarándole mi amor profundo, mi pasión. General, ¿ve usted esta ruina de la Venus de sus pensamientos? ¡Pues, contémpela, porque aquí yace «el amor más grande que ha inspirado un cadete del cuerpo de artillería!

Me quedé pensativo.

La bella Elena se sumió en la contemplación del recuerdo de aquellos amores, los más profundos que había sentido su corazón.

Caja la tarde; los árboles del jardín á que daba el balcón de la estancia se mecían mansamente á impulsos de la brisa, en sus copas piaba un enjambre de pajarillos.

—No sé,—dije rompiendo el silencio con tono melancólico y aire lírico,— donde he leído unos versos que decían:

«es muy dulce una esperanza;
pero es más dulce un recuerdo.»

—Recordemos nuestro amor, Elena.

Y recordamos ambos aquellos días de nuestra adolescencia perfumados por el amor emanado de dos almas puras, dos almas puras que debían de tener alas de ángeles para escalar las cimas del ideal.

Desde esta sesión Elena y yo vivimos en la adolescencia, como idealmente amamos; ni ella ni yo nos vemos humamente arruinados. Ella me ha despojado de mis grados y me ha dejado de cadet; yo la quito muchos años de su fe de bautismo y la dejo convertida en una niña de quince abriles.

¿Realizar nuestro sueño de amor?

Todo se andará. Mi nieto Juan ha entrado hace poco en la Academia de Artillería; Elenita, la nieta de Elena, ha salido hace un mes del Sagrado Corazón.

Elenita es bella como un ideal; Juan es un gallardo mancebo. Pronto se verán y es seguro que se amen.

Entonces este amor que anda vagando por el cielo azul encarnará en Juan y Elena.

La bella Elena y el aguerrido general verán su sueño realizado.



TOMÁS CARRETERO

CIRCO ECUESTRE

Dignamente ha terminado la temporada el favorecido circo de la calle de Caspe dando á conocer á varios notables artistas que han llamado justamente la atención por sus arriesgados ú originales ejercicios. Tales han sido entre otros los *Nathal*,



MRS. NATHAL

cuya especialidad consiste en rivalizar y aun superar en agilidad al mono, en cuanto á encajarse valiéndose de los dedos de los pies, lo cual permite representar escenas hasta cierto punto dramáticas, como sucede en *La haine d'un singe*

También ha sido muy celebrado M. Harry Lamore, joven y célebre alambriero, que hace prodigios de equilibrio.

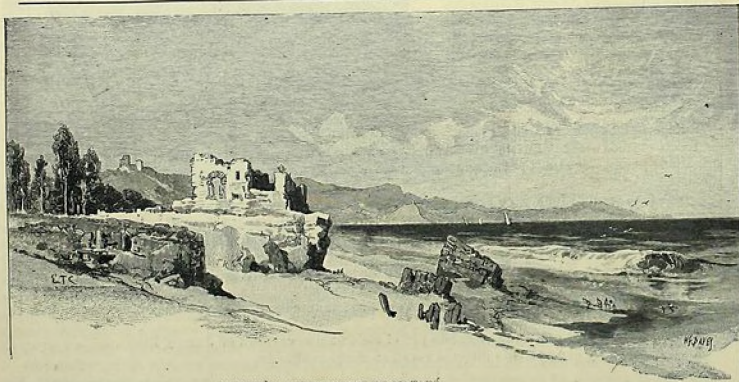
Con estos artistas han compartido los aplausos del público el bravo jockey Mr. Corini, los clowns Rico y Pietringa, la *jongleuse* á caballo Mme. Encarnación, los acróbatas musicales que forman el *trio Almastos*, los señores Leon Wulff y Augusto que realizan notables ejercicios en las tres barras fijas, los clowns Carpi, la troupe Irotairb (Briatori), Mme. Eulalia en sus trabajos ecuestres, etc., etc.



MR. NATHAL



M. HARRY LAMORE



CATALUÑA: ALREDEDORES DE MATARÓ

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 13.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al color, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.
El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.
Orso, por Enrique Syen-kewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

EN UN ABANICO

Son los ojos de una hermosa llama de amor y poesía que enciende vivos antojos.

Si yo fuera mariposa, ¡con qué afán me abrasaría en la lumbre de tus ojos!

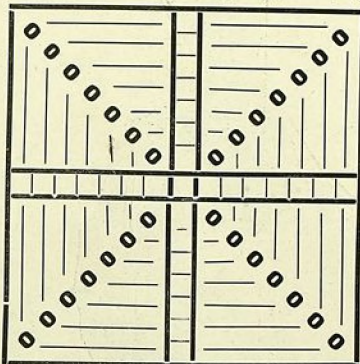
Los versos que te dedico llevan el ardiente ruego de un corazón incendiado.

No muevas el abanico, porque el aire aviva el fuego... y no estoy asegurado.

NEMO

Tener fe está pronto dicho, pero se la tiene al fin en punto á buen callicidio usando el LADIVONSIM.

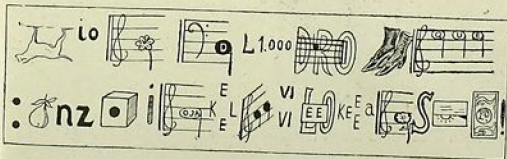
CUADRO ACROSTICO-ARTISTICO, por Novejarque



Colocar una letra en cada casilla y sustituir los ceros por letras para que entonces se pueda leer en direcciones horizontales y verticales:

- 1.ª línea. Costado de un ejército.
- 2.ª Signo del Zodiaco.
- 3.ª En Méjico instrumento de agricultura que reemplaza la azada.
- 4.ª Rey de Wessex, en la heptarquía sajona.
- 5.ª Nave.
- 6.ª Punto fijo donde se empieza el computo de los años.
- 7.ª Composición poética del género lírico.
- 8.ª FAMOSO PINTOR, POETA, ARQUITECTO Y MECÁNICO ITALIANO.

JEROGLÍFICO, por Novejarque



9.ª Raíz de una planta venenosa de Numidia.

10.ª Lugar situado á 13 kilómetros de Villacarrido y 28 de Santander en el valle de Toranzo al extremo de la vertiente de la Cabaña que forman las montañas Comble y Dobra.

11.ª Hierba que se cria en el mar.

12.ª Río y departamento de Francia.

13.ª Isla del grupo de Somerol 6 San Andrés, archipiélago de Palaos, Micronesia (Oceanía).

14.ª Planta de América.

15.ª Ciudad, capital de uno de uno de los tres distritos del departamento de Bocas del Ródano (Francia)

Las soluciones en el próximo número

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Frase hecha.—Dar el golpe.
Acertijo.—BONA-P-ARTISTA (Bonapartista)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. C. D.—Lérida.—Su poesía resultaría demasiado larga, y además el martilleo de la rima no está muy en consonancia con el asunto.

M. R. E.—Bilbao.—Alto la opinión que le manifesté, pero crea usted que no tiene nada de particular que se atenga la publicación de los trabajos aceptados pues tenemos originales á quintales. No ha habido, pues, auto de fe, sino que todo se ha salvado de las llamas.

L. G. M.—Barcelona.—Pues, chico te juro que no sé quien eres, de igual manera que te refuljo te publicaré lo que me convenga. Pero ¿te figuras que es cosa fácil, á pesar de toda mi buena voluntad insertar pronto un original?

T. B. L.—Guadalajara.—Recibida en grata y el artículo, que publicaremos pronto.
J. R. B.—Ama y diviértete, nada te impido, no es verdad. Lo sería Ama y diviértete, nada te impido.

A. X. E.—Córdoba.—Ya vé usted, sí, como todo ha sido llegar y vencer. ¡Oh afortunado mortal! Pero algo se merece tener tan buena sombra.

L. V. P.—Madrid.—Irán las poesías que son muy bonitas. El diálogo no produciría efecto leido.

T. R. F. de M.—Madrid.—Sólo son aprovechables algunos cantares.

I. A. M.—Lérida.—Recibido los otros dos cuentos, pero tenga usted presente que estamos agobiadísimos de original.

E. A.—Lérida.—¡Oh dolor! Tampoco sirvel El E. de S.—Valencia.—Hay mas sentimiento que arte en su cuentecito, y contiene algunas cosas extrañas como es aquello de lo aurore de sus días, expresion que plantea un espinoso problema biológico.

A. M. C.—Arévalo.—Amigo ¡me deja usted admirado con sus progresos caligrafía! No parece usted aquel terrible canguro de meses atrás. Irá todo.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA.

Ayuntamiento de Madrid

ESPAÑA



CABALLERIA: BATIDOR DE CAZADORES